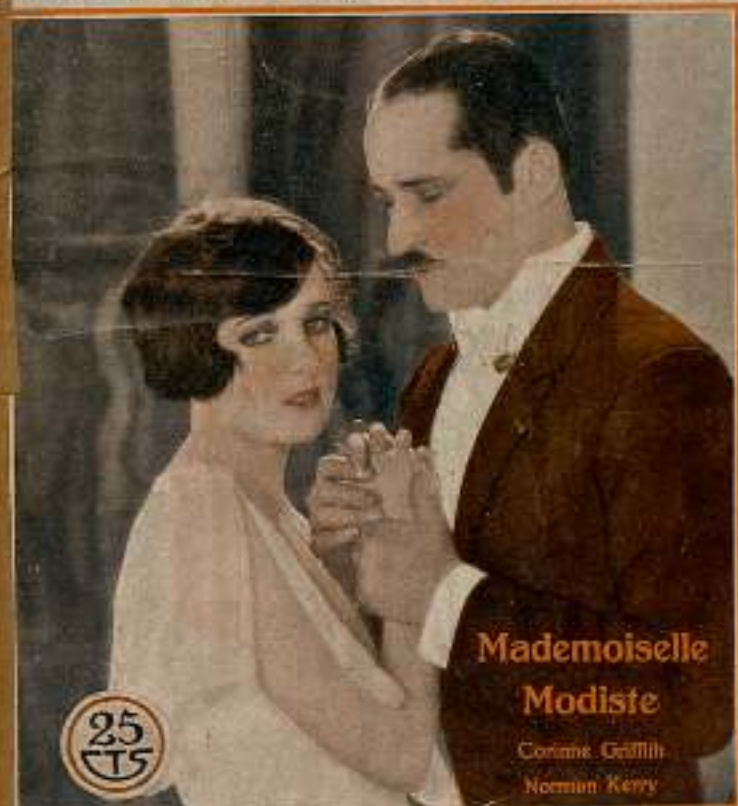


15

LA NOVELA

METRO - GOLDWYN

CORPORATION



Mademoiselle
Modiste

Costume: Griffith
Norman Kerry

25
CT5



LEONARD, Robert Z

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm. 15 METRO-GOLDWYN-MAYER 25
11 y FIRST NATIONAL 11 Cents.

Ediciones BISTAGNE - Vía Lagatana, 12. - Barcelona

Mademoiselle Modiste (1926)

Preciosa comedia sentimental interpretada por
los célebres artistas CORINNE GRIFFITH,
NORMAN KERRY, WILLARD LOUIS,
etc.

I DOROTHY CUMMINGS

PRODUCCION FIRST NATIONAL

DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona

Mademoiselle Modiste

Argumento de la película

En París, la capital en que la mujer parece hecha para los placeres y lo está por el trabajo, había llegado el millonario Hiram Bent.

Invasión siempre la capital francesa norteamericanos espléndidos y curiosos, un poco chocantes en el ambiente de París y con el talonario de cheques siempre dispuesto.

Hiram Bent, un millonario de California, casado con una mujer almidonada era, en el fondo, un comerciante romántico... Su esposa tenía una inteligencia toda común: ella sola la usaba!

Este cñlebea yanqui había llegado a París con el deseo de establecer cualquier negocio que pasara fin a su aburrimiento perennaz. Y lo que le atraía fatalmente, o que le deslumbraba, eran las casas de modas, las grandes almacenes de la Rue de la Paix, verdaderos alcázares del lujo...

Cierta mañana, Bent y su esposa entraron en el establecimiento de madame Claire que se abría en plena Rue de la Paix.

Una parisienne lleva siempre el vestido bien desmontado para demostrar que tiene el corazón en el lugar que le corresponde.

A Bent se le enturbiaban los ojos ante aquellas lindas criaturas que pasaban ante él con "toilettes" maravillosas, entre delicadas sonrisas...

La esposa de Bent se dirigió hacia el interior de una de aquellas grandes salas de exhibición, mientras su marido quedaba en otra, aturrido por el ambiente frívolo del almacén, deseando verse dueño de una casa así...

Madame Claire se acercó y le dijo:

—¿Quiere usted adquirir algo, señor?

—No, no deseo comprar nada; estoy sólo mirando — respondió con turbada sonrisa el americano.

De pronto vió Bent a una mujer, más hermosa aún que todas las demás, y las había que daban el opio...

—¡Alahada sea Dios! — se dijo —. Viendo esta clase de mujeres se siente uno volver a la adolescencia.

La que hubiese adueñado tan repentinamente del interés de Bent, era una dependienta de la casa, una muchacha llamada Fifi, una de esas parisenses que no temen parecer mal a los ojos de los demás, y saben quedar bien a los suyos propios.

La mirada de Fifi envolvía a todos los clientes en un halo de encantadora dulzura. La dependienta llevaba en la mano un pulverizador y perfumaba con un adorable gesto a los clientes.

Bent aspiró con fruición ese aroma suave, de concentradas flores. Corrió tras la muchacha que iba rápida de un lado a otro perfumando a todos los clientes, y llevado de un gran interés por hablar con ella, le dijo:

—Quisiera comprar algo para una dama, señorita.
—¿Es una amiga suya? — le respondió Fifi, con una sonrisa pícarosa.

—¡No... mi esposa!

—¡Ah! ¿Y qué desea? ¿Quiere que le muestre, pues, algunas de nuestras creaciones?

—¡Oh, señorita!... Si me lo ofrece usted me verá obligado a comprar cuanto usted me enseñe...

—¿Sombreros...?

—Sombreros y vestidos y lo que tenga...

—Venga usted...

Y Fifi comenzó a mostrarle algunos de los géneros de moda y todo lo iba adquiriendo él con un deseo de tener mucho tiempo a su lado a aquella deliciosa francesita.

Después que hubo adquirido durante una hora un "stock" importante de géneros, su mujer, una señora rígida y de una sola pieza, se llegó hacia él con cara de pocos amigos:

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué compras? — le dijo. Él se turbó.

—Amor mío... son cosas que adquiero para ti... — respondió.

La esposa pareció tranquilizarse y viendo las innumerables cajas de vestidos y sombreros que se hallaban a un lado, las señaló y dijo:

—Pero, ¿te vendió esa muchacha todo eso?

—Esa muchacha es capaz de vender helados en el Polo Norte — respondió él, riendo.

Y después de despedirse de Fifi, salió con su esposa de aquel establecimiento de madame Clère, preocupado por un dulce ideal que comenzaba a besarle el cerebro...

¿Por qué no comprar una tienda de modas y poner

al frente a la linda y delicada Fifi? ¿Una muchacha como aquella sería la mejor propaganda para el almacén!... Entre los negocios que él podía establecer en París un establecimiento como aquel era lo más agradable. ¿Por qué no hacerlo?



Al día siguiente, en el Bosque de Bolonia, el conde Edmundo de Bouvray, un militar francés que practicaba a la perfección la doctrina de Don Juan Tenorio, había pasado un buen rato sentado con varios amigos en la terraza de un restaurant. Desde allí se divisaban las bellas que pasaban en sus coches o a caballo gozando del tibio sol de la mañana de primavera.

El conde se levantó y despidióse de sus amigos para ir a montar su brioso caballo atado a uno de los cercanos árboles...

—¿Se va usted de inspección? — le dijo un oficial — ¿Quizás en busca de nuevas faldas...?

—Nada de esto; no se me hace justicia — respondió Etienne — he renunciado por completo a las mujeres...

Y con ademán fatigado, del hombre que amó mucho, fué en busca del animal...

A la misma hora y por dicho Bosque paseaba en un taxímetro bastante malo, Fifi, luciendo un bello sombrero de paja...

A sus pies llevaba una redonda caja de sombreros y cada diez o doce minutos se cubría la cabeza con uno distinto, exponiendo a los ojos de los pasantes los nuevos modelos de la temporada.

De pronto, el coche se paró y el chofer, un hombre

de poblado bigote y aspecto idiota, probó en vano de reanudar la marcha.

— Creo que es un tornillo que se ha aflojado, *mado-moiselle* — dijo.

Fifi, que estaba cansada de las continuas "pannes" que había tenido el coche, le contestó duramente:

— Si, se le ha aflojado un tornillo... pero no al automóvil...

Y le miró a la cabeza con una gran risa en la que había irónica burla...

— No hable tanto, por favor... tengo que pensar... — dijo el chofer.

— No haga usted tal cosa — siguió diciendo con gracia la modista — Si se pone usted a pensar va a explotarle la cabeza...

En vano probó el chofer de acelerar el motor; imposible reanudar la marcha.

El coche se había detenido junto al caballo del conde Etienne de Bouvray que se aprestaba a montar.

El sombrero que usaba Fifi era de verdadera primavera: llevaba en él colgadas, a guisa de adornos, tres hermosas frutas rojas, unas manzanas que parecían oler a gloria...

El caballo abrió la boca y tranquilamente se apoderó de aquel colgante vegetal.

Fifi lanzó un grito de miedo viendo tan mal tratado su sombrerito de moda y el conde se sorprendió desagradablemente ante la audacia del animal...

Al ver a Fifi sonrió gentilmente... ¡Hermosa muchacha para una nueva conquista! Pero comprendiendo el disgusto de ella, se echó a reír y acercándose a la portezuela dijo:

— Usted perdona, encantadora señorita...

Ella, disgustada por el destrozo ocasionado a su

sombrero, no respondió y entonces el conde, para quien jamás el silencio había sido un obstáculo, añadió gentilmente:

— Si no quiere perdonarme a mí, por lo menos perdóneme usted a mi caballo.

— Siempre debemos perdonar a los seres irracionales — contestó ella, bruscamente.

— Naturalmente, muchacha encantadora...

Y con aquella amabilidad que tan excelentes resultados le había dado en sus conquistas de territorio, abrió la portezuela y tomó asiento en el interior del coche, al lado de Fifi.

— Pero, ¿qué hace usted? ¿Cómo se atreve? — dijo la muchacha en el colmo de la sorpresa.

— No puedo permitir que se marche sola...

— ¡Baje inmediatamente!

— No, no! Chofer, dé usted una vueltita por el Bosque... ¡Oh, yo tengo que defender a usted, reina! Supongamos que viniera otro caballo...

La ira se apoderó de Fifi, quien ordenó al chofer que no avanzase.

— Salga usted, ¿qué se ha creído?

— Vaya, señorita, no se disguste... Pero tenga usted en cuenta el honor de un oficial francés, el conde Etienne de Bouvray, y por lo menos, déjeme usted que reemplaze el sombrero... Pienso comprarle otro...

— No, no...

— Sí, señorita... Es una delicadeza de caballero... hacia una dama...

El rostro de Fifi pareció aclararse con el rayo de sol de una sonrisa:

— Muchas gracias por haberme llamado dama, pues su proceder me había hecho pensar que me tomaba usted por una cualquiera...

—Con sólo mirar a su chofer, se convence uno de que pertenece usted a la nobleza.

Y lanzó una mirada burlona al conductor quien,



—No puedo permitir que se marche solo...

francamente, tenía el aspecto de todo un pobretón, casi un descamisado...

—En fin, señorita — dijo el oficial, descendiendo del coche —; como quiera que veo que estorbo, debo marcharme... pero ya que le ofreció usted el almuerzo a mi caballo hoy, ¿me permite usted ofrecerle a usted el almuerzo mañana? La invito a ese cercano restorán.

Ella le miró, sonriente, y le tendió la mano:

—Buena, señor... acepto su reparación. Hasta mañana!

Y dió orden al chofer de emprender esta vez rápidamente la marcha, mientras el oficial la saludaba aún con su mano...

Luego, el conde Etienne, satisfecho por aquella nueva conquista, subió a su caballo y emprendió rápido galope.

Tenía deseos de correr, de llenarse de las bocanadas de aire perfumado del Bosque, de vivir... Amaba de nuevo a otra mujer y, quién sabe si esta vez la amaba con un amor nuevo y desconocido. La aventura le atraía...

Al siguiente día, el conde Etienne esperaba, ya impaciente, en el restorán, la llegada de su gentil invitada. ¿Se retrasaría mucho? ¿Y quién era aquella mujer que no había dicho su nombre? Pronto pensaba salir de dudas.

Entretanto iban en automóvil hacia el Bosque la maravillosa Fifi y el millonario Hiram Bent.

Este, hombre de negocios ante todo, quería montar una gran casa de modas poniendo al frente de ella a Fifi... Era cierto que le gustaba muchísimo esta criatura, esta parisienne exquisita y turbadora; pero no lo era menos que estaba separado de ella por su matrimonio con la yanqui...

La esposa de Bent vigilaba demasiado los actos de éste y no le permitía una infidelidad. Pero, en cambio, había un medio para tener a Fifi cerca de él y contentarse con verla a su lado: era montar aquella gran casa de modas en París.

Si mujer no se oponía al negocio; para hacerlo habían llegado precisamente a la capital francesa; era pues lógica y natural la adquisición. Y Bent pensaba en que nadie atraería tanto a la clientela como aquella Fifi deliciosa.

—Ante todo, yo soy un hombre práctico — le decía a Fifi, que había aceptado, curiosa, la cita del millonario—. Me ha demostrado usted que sabe vender y quisiera entrar en sociedad con usted...

—¿Conmigo? — dijo agradablemente sorprendida la dependiente, mientras iban en el auto.

—Sí. Compraré la tienda de Madame Claire, la pondré a usted al frente de ella, y cambiaré el nombre de la casa...

Fifi, que a pesar de su aparente frivolidad era una muchacha de lo más bueno y honrado del mundo, no pudo ocultar su alegría ante aquel destino que le proporcionaban.

—¡Oh, señor Bent! ¡Yo, yo llegar a encargada de una casa de modas?

—Es que tengo muy buenas ideas, Fifi... Y en cuanto al nombre que pondremos a la casa, ¿qué le parece el de Mademoiselle Modiste?

—Sí, sí... ¿Cómo podría darle las gracias por todo, monsieur Bent?

—Prometiéndome solemnemente una cosa: yo voy a emplear bastante dinero en este negocio. Para tener éxito, es preciso aguzar la curiosidad... Deme usted su palabra de que no dirá a nadie quién ni qué es usted, hasta después de la apertura.

—Se lo prometo — respondió ella.

Habían llegado ante el restorán del Bosque y Fifi descendió del auto. Se despidió de Bent, y el millonario volvió a advertirla:

—Recuerde la promesa: ni una palabra a nadie!

Alejóse el yamut, satisfecho de haber adquirido la colaboración de aquella bella mujer.

Etienne aguardaba impaciente a Fifi. La vió hablar con Bent y la dijo, con tono de suave reproche:

—Ese tipo grotesco con el que iba usted en el auto parece profesarle mucha amistad...

—Es una buena persona — respondió ella riendo—. Un rico norteamericano que tiene negocios en París.

Fueron a sentarse a una de las mesas y tomaron un buen almuerzo. El, olvidando ya la presencia del americano, se sentía seducido, arrebatado por la hermosura y la gracia de la muchacha... Etienne era enagoradizo por temperamento, pero nunca se había sentido tan inclinado a una mujer como entonces... En vano quiso preguntar el nombre de la desconocida; ella se negó a decirselo...

Por primera vez, el conde sentía que en su conquista intervenía, por encima de todo, el corazón.

—Usa usted un perfume seductor — le dijo—. ¿Cómo se llama?

—Te amo.

Y ella le miró sonriente, con aquellos sus ojos bañados eternamente en una suave luz...

—Ya también te amo — respondió, Etienne, con entusiasmo.

—No sea tonto, eso es el nombre del perfume.

—¿Pero es que yo estoy loco por usted...!

—El que haya aceptado su invitación no le da derecho a decirme tonterías.

Callaron los dos. También Fifi se sentía turbada por la presencia del conde.

De pronto, ella señaló el caballo del militar, atado a un árbol...

—Su caballo no parece darle importancia a lo ocurrido ayer... ¿Y cómo se llama?

—Querida...

Ella rió como si este pipapo fuera dirigido a su persona... Pero el conde se apresuró a aclarar:

—Es una yegua... Querida es su nombre...

Después de la comida estuvieron paseando largo rato por el Bosque, cada vez más atraídos los dos jóvenes por la fuerza de la simpatía.

—¡Me voy! — dijo ella—. ¡No puedo aguardarme más...!

—¿Por qué tanta prisa en marcharse? Parece usted una modista que va a llegar tarde...

Ella rió y dijo:

—Es como si lo fuera. Me marcho a casa... ¡Adiós, no me siga por favor, se lo ruego!

—Pero ¿por qué no quiere usted decirme quién es y cómo se llama?

—¡Me llamo Fifi... y soy... Fifi — dijo riendo.

Y llamó a un taxi.

—Pues, Fifi, es usted más hermosa que un ángel... ¡Desearía tanto que me esperara usted aquí mañana a la misma hora! ¿Quiere?

Vaciló unos momentos la linda mujer, pero pensando que no le desagradaba mucho la compañía del cande, contestó:

—¡Acepto; hasta mañana entonces...!

Y partió en el taxi, mientras Etienne se sentía atormentado por el misterio que rodeaba a la bella.



Fifi era huérfana, mas a pesar de su soledad y de su abandono, había conservado bien alto su honor en el ambiente frívolo en que vivía... Ahora, al ponerse frente a la nueva casa abierta por el futuro, se sentía feliz, viendo colmadas sus ilusiones de vencer en el trabajo.

Pasaron unos días. "Mademoiselle Modiste", la casa de modas más elegante de París, anunciaba ya pomposamente en todos los periódicos, iba a ser

abierto de acuerdo con los planes de Bent: "entre vinos y flores, los negocios van mejores".

El yacuí había comprado la casa de Madame Claire, transformándola con todo lujo y refinamiento posibles.

Para solemnizar la apertura, iba a tener lugar un magnífico banquete al que serían invitadas las más relevantes personalidades.

Fifi estaba contenta y el público vivía intrigado preguntándose quien estaría al frente del nuevo y magnífico establecimiento que se iba a abrir.

Mientras tanto, Etienne y Fifi habían proseguido sus encuentros... El la había declarado su amor que aseguraba era "irresistible y honrado". Y también Fifi sentía su corazón herido por las flechas del alado dios...

Un noche, propio para el amor y las confidencias, Etienne iba junto a Fifi, con la lentitud propia de los enamorados.

Fifi — le decía él—. Tengo que marcharme para Deauville y me es imposible dejarla... Prométame que se casará conmigo.

—No puedo contestarle hasta mañana, Etienne — respondió ella—. Entonces podrá decirle quien y lo que soy...

Tu personalidad ya no me interesa. Lo único que quiero saber de ti es que me amas...

—Pues, sí; te quiero!

Se besaron con transportes de júbilo, de infinita ilusión...

Una única preocupación pasaba por el alma de Fifi. Aquel militar aristócrata la debía considerar una mujer rica, importante, a juzgar por el lujo con que

vestía. Y cuando se enterase de que ella era una muchacha pobre ¿la seguiría queriendo?

Se detuvieron ante una casa donde Fifi dijo que vivía.

—¿Tan pronto te vas, hoy? — dijo él.

—Sí — contestó ella, vacilante—. Necesito entrar ya, porque... mi tía está algo delicada.

—Pues, hasta mañana, amor... Te esperaré también en el Bosque...

Se despidieron... Fifi esperó unos momentos ante la casa, a cuyo dueño desconocía en absoluto, y volvió a marchar, llamando a un taxi para hacerse conducir al establecimiento de "Mademoiselle Modiste", en cuyo último piso vivía hacía algunos días. Pero había querido ocultar también este detalle al conde, obligada por el silencio en que debía rodear su persona.

Pero el conde, que deseaba saber, averiguar algo de la vida de la enamorada misteriosa, no había abandonado aún la calle pensando que tal vez ella se acercara al balcón, y al verla subir a un automóvil una atroz sospecha se clavó en su alma.

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué no entraba, pues, en aquella casa? Y montando en otro coche, ordenó que siguiera al de Fifi.



La muchacha llegó pocos minutos después a la Rue de la Paix, entrando en el establecimiento de modas.

Bent la esperaba ya impaciente:

—Todo está ya preparado. A media noche se celebrará el gran baquete de inauguración... Y mire, tengo un proyecto estupendo...

—¿Cuál?

—Mañana comienza la temporada en Deauville. Vamos a ir allí y llevaremos a un periodista.

La muchacha se mordió los labios.

—Será usted conocida como la misteriosa Mademoiselle Modiste, se podrá usted los más bellos modelos... exhibirá los vestidos de la casa y hará de esta manera la propaganda más eficaz — siguió diciendo el americano.

¡Deauville, Deauville! Fifi pensó en el conde que le había dicho que iría también allí.

Bent continuaba con creciente entusiasmo:

—Ya me parece estarla viendo atravesar Deauville sembrando el asombro por doquier, ataviada como una verdadera duquesa...

—¿No la hará! — dijo ella, decidida—. Me niego a exhibirme en Deauville.

La mayor sorpresa se pintó en el rostro del americano.

Pero tenga en cuenta, Fifi... con su belleza el negocio obtendrá así un éxito ruidoso. Ande, Fifi, ¿es que va usted a estropear mis planes? ¿No haga eso!

En aquel momento apareció un criado, quien dijo a Bent:

—Ha llegado un desconocido, señor... y sin invitación.

—¿Voy al momento! Debe ser otro cliente...

Y dejando a Fifi, el yunqui se dirigió hacia el salón donde esperaba al señor desconocido que era el conde Etienne.

¿Por qué Fifi había ido a aquella hora de la noche al nuevo establecimiento de Mademoiselle Modiste? ¿Qué tenía que hacer en él?

Bent le tendió la mano y le dijo con voz campesina:

— Otro comprador, ¿eh? Perfectamente, el banquete se celebrará dentro de un momento en el piso superior y va a ser un verdadero triunfo.

— Señor, no sé qué quiere usted decir — protestó el conde—. Yo he venido a ver a Fifi.

— Créame, señor, va usted a verla como jamás la ha visto antes. Pero suba usted pronto que corren a aparecer los invitados. Sígale usted.

Intrigado por lo insólito del caso, preguntándose qué tendría que hacer allí aquella Fifi misteriosa y bella, consintió en acompañar al americano. ¿Haría Fifi empleada en el almacén? Pronto saldría de dudas. Y subió una amplia escalinata hasta encontrarse en un regio comedor en cuyo fondo se abrían las rojas cortinas de un escenario.

El comedor estaba lleno de invitados. Por fortuna, el conde, que tenía que asistir aquella noche a una reunión aristocrática, llevaba bajo el abrigo el traje de etiqueta y tomó asiento en el lugar que le señalara el millonario Bent.

La comida fué espléndida, y Etienne, intrigado, se preguntaba cuándo y cómo saldría Fifi. Creía vivir un sueño de hadas. ¿Qué significaba aquello tan extraordinario?

Llegó la hora de los brindis. Bent, que presidía la mesa, dijo, alzando su copa de champaña:

— ¡Brindemos por las faldas cortas y por los vestidos descotados y roguemos por que no lleguen un día a encontrarse!

Y todos aquellos hombres, gente de lo más distinguido de París, levantaron las copas en señal de adhesión.

— Caballeros — siguió diciendo Bent —, ha sido un verdadero honor estrecharles la mano a personas tan inteligentes como ustedes... y ahora quiero presentarles a la mayor sensación en el negocio de modas... a Mademoiselle Modiste.

Bent dió una orden y todas las miradas concidieron en la boca del escenario.

El yanqui estaba contentísimo por la inauguración de la casa, y ahora Fifi acababa por dar el golpe. La esposa de Bent había consentido en que su marido adquiriese aquel establecimiento, pero aunque ella quiso asistir al banquete, Bent se lo prohibió, pues en él no debía haber más que hombres solos, y una sola mujer: la modelo.

Y como a pesar de la severidad de la esposa, Bent hacía lo que le daba la gana, ella no tuvo otro remedio que resignarse.

Descorrió la cortina y apareció en el marco una hermosa mujer vestida de modo maravilloso con una riqueza fastuosa de joyas y velos.

— Eso es un traje de noche — advirtió Bent.

Y todos contemplaron a la bella mujer que pasaba por el escenario con un orgullo real exhibiendo su vestido.

El conde reconoció a Fifi y quedó paralizado por la sorpresa. Oh, ¿de modo que aquella Fifi era una modelo? Preguntó a un vecino de mesa con voz que quería ser indiferente:

— ¿Quién es ella?

— Alguna modistilla que ha cautivado momentáneamente a este riquísimo señor Bent. ¿Una conquista agradable?

Sintióse el conde herido por aquellas palabras in-

prudentes y miró a Fifi. Ella no le veía, atenta únicamente a su traje.

Después cayó la cortina y por dos veces volvió Fifi a aparecer vistiendo trajes distintos: un vestido de tarde, un traje de mañana de primavera...

Los aplausos premiaban la presentación de la hermosa modelo, que sonreía.

—Muy sencillo, señores — decía entretanto Bent, orgulloso de su obra — ¡lo que hace falta para realizar vestidos ella lo tiene... Y, ahora, quiero presentarles a Mademoiselle Modiste... es como si fuera de la familia.

Y la llamó, y Fifi pasando por la palanca que unía el escenario con la mesa, pisó gentilmente el blanco mantel.....

Todos aquellos hombres la contemplaban con interés. ¡Qué hermosa era! Ninguno dudaba de que aquella era una conquista del yanqui. Esos americanos saben hacer las cosas!

Etienne se levantó. Sentíase herido por el desengaño. Entonces, Fifi... era, a juzgar por lo que se decía, una amiguita de Bent, un lindo juguete de aquel hombre rico.

No queriendo que Fifi le viese, se ocultó de pie tras una columna. Seguía dudando aún. ¡Aquella Fifi, con su sonrisa dulce, era imposible que fuese la amiga del millonario! ¡Aquella Fifi que a él le había jurado amor!

Fifi avanzó por la mesa, pisándola con sus pies menudos, bien calzados, elegantes.

De pronto, uno de los invitados gritó con alegre voz:

—Compraré ese vestido ahora mismo!

Bent, sonriente, respondió:

—¿De dónde saca usted eso? Eso no es una liquidación...

Fifi había descendido de la mesa y hablaba en voz baja con Bent. La muchacha no había descubierto



...pisó gentilmente el blanco mantel...

que cerca de allí la observaban los ojos del hombre que amaba.

Fifi volvió a subir al escenario y Bent, sonriente, dijo:

—Señores, una sorpresa... Mademoiselle Modiste va a vender todo su precioso atavío en beneficio de los huérfanos de la guerra.

El entusiasmo fué indescriptible.

Comenzó la subasta de las prendas que llevaba la hermosa mujer.

—Tengan ustedes calma, que habrá tiempo para todo — decía Bent ante la avalancha de hombres que disputaban pechudiendo ser los mejores postores.

Fueron vendiéndose, sucesivamente, los zapatos, la capa, los guantes de Fifi.

—¡El vestido... compro el vestido! — dijo uno de los invitados.

Sonrieron Bent y Fifi, y el primero dijo:

—Está bien... todo sea por los huérfanos...

El viejo ofreció una cantidad importante, y el vestido fué suyo. Pero quería quedarse con él al momento, que ella se lo entregara en el acto.

Fifi sonrió complacida y una criada extendió un biombo ante ella y tras ese refugio de seda, la modelo se quitó el vestido... Luego dijo, en voz baja, algo a la sirvienta, que al poco rato volvió...

El viejo se apoderó del vestido y todavía se bastaron otras prendas de ella: una camisita suave; la fina ropa interior. Todo alcanzó precios fabulosos y aquellos ricos desembolsaban sus carteras por tener un recuerdo fragante de la linda mujer.

Fifi tras el biombo asomaba la cabeza y los desmidos hombres, y reía. ¡Había dado ya toda su ropa para los huérfanos!

Etienne, todavía apoyado en la columna, sentía unos celos feroces. ¡Qué mujer! ¡Con qué tranquilidad se quedaba tan "fresca"!

—Bueno, señores — dijo Bent, riendo—, me parece que los huérfanos tienen ya bastante. Ya no hay nada más... Si desean adquirir alguna novedad, deben hacer los encargos ateniéndose al catálogo.

Pero la voz de uno de los invitados se levantó como un grito:

—¡El biombo, compro también el biombo!

¡Pillo, pilló! Lo que quería él era llevarse el biombo para ver a Fifi... sin ninguna ropa.

Bent protestó furioso:

—Señor mío, esta es una organización comercial, no una exposición de cuadros plásticos.

Pero Fifi, sonriente, como la cosa más natural del mundo, dijo:

—Es necesario hacer todos los sacrificios por los pobres huérfanos. ¡Vaya por el biombo!...

Comenzó la puja en la que el hombre era lo de menos, sino lo que podía verse detrás. Etienne, asqueado por la tranquilidad y frescura de la muchacha, salió a una salita contigua.

Por fin fué adjudicado el biombo y Fifi con aquella pócandía tan propia de la parisienne, le dijo:

—Puede usted venir a recogerlo si quiere.

¡Momento de sensación! El viejo, temblando de gaza, fué al escenario. Todos esperaban el instante de ver aparecer el cuerpo destuido de la bella Fifi...

Peró... Apartóse el biombo y apareció Fifi, vestida con un traje claro.

Un pól! general de desilusión hizo bajar los ojos a todos aquellos caballeros.

Fifi, riendo, dijo:

—El señor ha contribuido grandemente al alivio de los huérfanos.

El viejo maldecía su mala suerte. El que pensaba ver algo escultural... Fifi había tenido la precaución de advertir a la dancella que se cubriese su vestido, y cuando se despojó de sus ropas, cubriose con el de repuesto.

—Tanto el señor Bent como yo les estamos muy reconocidos — siguió diciendo ella—; ambos les da-

mos las gracias en nombre de los huérfanos que serán aliviados...

Bent reía, satisfecho... ¡Era graciosa y cñlebre aquella muñeca parisiense!

Fifi saltó del comedor y en la contigua sala vió con la mayor sorpresa al donde Etienne.

—¿Tú aquí? — preguntó asombrada.

—Sí — dijo él, desdenoso y hurlón—, espero que tu tía se haya repuesto...

Ella, riendo por el enojo del hombre que amaba, le dijo:

—Etienne, quiero decirte todo. Yo para tí no puedo tener secretos. Soy Mademoiselle Modiste y voy a ponerme al frente de esta casa...

—¿No te disculpas! — protestó él—. Si no tuvieses que ocultar algo malo, no me habrías engañado como lo has hecho. ¿Y tu conducta! Se llevaron el biombo ¿eh?

—¿No te pareció muy gracioso cuando se llevaron el biombo? — contestó ella, alegremente...

—No esperé a eso — rugió Etienne—, no me hacía mucha gracia que digamos el compartir tus encantos con tantos otros desventurados...

—Per Dios, Etienne, cuando se llevaron el biombo yo estaba ya vestida como lo estoy ahora. ¿Ibas a figurarte otra cosa?

El permaneció severo, impassible.

—¿No me crees? — dijo la muchacha, tristemente.

—Reconoce que después de la fingida enfermedad de tu tía y de lo que ha visto aquí, está justificado el que dude de tu lealtad.

Ella envuvió en una mirada de odio, y se encaminó hacia la puerta.

Apénada, dolorida por aquellas palabras, Fifi premuncó:

—¿A dónde vas?



—¿No te pareció muy gracioso cuando se llevaron el biombo?

—Voy a Deauville en donde procuraré casarme con una "dama" — respondió el conde con feroz odio. Y dándole una mirada de desprecio, abandonó la casa.

Fifi, que amaba a aquel muchacho con todo su co-

razón, prerrumpió en amargo llanto. Pero ¿qué pensaba de ella? ¿Por qué, por qué...?

Apareció Bent y ella le explicó, angustiada, todo lo ocurrido.

—Y ese hombre, Etienne, dijo que ya no soy una dama.

—Fifi, ese hombre siente. Usted es una dama en todos los sentidos... Ande, animese, olvide a ese ingrato. ¿Quiere usted venir conmigo a Deauville?

¡Ah! Deauville era el lugar donde Etienne debía ir, y ella contestó rápidamente con un deseo de olvidar.

—Sí, iré a Deauville y ya le demostraré a él que sé lo que me hago.

Y al día siguiente partían hacia Deauville, Bent, su esposa y la modelo Fifi... La señora Bent había consentido en acompañar a su marido; ella no le abandonaba nunca en aquel peligroso negocio.

Y Bent se resignaba a ser únicamente el dueño comercial de aquella Fifi deliciosa, que lloraba por otro hombre...



En Deauville dos personas forman una pareja y tres constituyen un divorcio. En el Hotel Normandy, centro de la más selecta sociedad que concurre a Deauville, se hospedaban los esposos Bent y Fifi.

El donde Etienne había llegado también al mismo hotel y al firmar en el *bureau* examinó el libro de registro de viajeros y leyó los nombres de Hiram Bent y esposa...

¡Maldita Fifi! ¿Estaba casada? Dejó de leer al ver aparecer en el *hall* a Bent acompañado de la modelo. Un sentimiento de feroz odio se apoderó de él.

¿De modo que aquella hermosa mujer era la esposa del americano? ¿Cómo se había burlado de su amor?



—Estoy encantada de conocer a un príncipe indio con turbante y todo...

Fifi, sonriente, decía entonces a Bent:

—Todo cuanto llevo puesto pertenece a la sociedad comercial; sólo faltan las etiquetas.

—Nada de cordóles, Fifi... va usted a dejar esta gente de Deauville con la boca abierta.

En el vestíbulo saludaron a un *rajá*, quien se inclinó profundamente ante la hermosa mujer. Ella, sonriente, le respondió:

—Estoy encantada de conocer a un príncipe indio con turbante y todo...

Después siguió avanzando con Bent por el salón...

Vieron de pronto que adelantaba hacia ellos Etienne acompañado de un amigo. La muchacha tembló de exaltación. ¡Oh, miserable, cómo la había insultado!

Etienne, gritando, provocador, dispuesto a pegarse



— *Es odioso que empleen el oro americano para ensenarnos la propiedad de nuestras mujeres.*

con el "marido" de la mujer que amaba, gritó:

— *Es odioso que empleen el oro americano para ensenarnos la propiedad de nuestras mujeres.*

Y miró de pies a cabeza a Bent con aire insolente.

El millonario se amoscó y dijo, en actitud de enojo:

— En mi país eso es una provocación.

— Entonces, ¿por qué se queda usted tan tranquilo?

— respondió el oficial.

Fifi, que tenía un escándalo, intervino, y dijo:

— *Eso no es su país...*

Etienne contestó envolviendo a su antigua novia en una buelta miedosa:

— *Estas mujeres de París tienen realmente ingenio... Pero usted, señor Bent, es demasiado grueso para luchar... o correr.*

Y rió de él con verdadera grosería.

Fifi temblaba. ¡Aquellos dos hombres! Y lo sentía por Bent. Pero éste, cansado de que le insultasen, contestó dispuesto a abofetear a su adversario:

— Nadie podrá decirle eso a Hiram Bent, de San Luis, sin...

Y le amenazó con la mano. Pero no tuvo tiempo de más. Un golpe formidable del puño de Etienne le derribó al suelo como largo era...

Ella lanzó un grito de terror y el pobre yanqui quedó en el suelo echando maldiciones.

— ¡Levántese! — rugió Etienne.

El lo hizo, dispuesto a caer contra su ofensor. Y de nuevo el puño del francés le tiró en tierra.

— ¡Levántese y le volveré a hacer caer! — repitió aún Etienne.

— No se volverá a levantar aunque tenga que permanecer aquí toda la noche — gritó ella, ofendida.

Burlón, Etienne miró al yanqui y le dijo:

— *Voy a levantarle la tapa de los sesos, pedazo de...*

— ¡Ah, miserable!

Pero en vano intentó Bent alzarse; Fifi se lo impedía...

Por fin se alejaron el oande y su amigo, y Bent se levantó dolorido y marchó a su cuarto acompañado de Fifi.

El modisto, más sereno ahora, temblaba, quejándose de los violentos puños del oficial francés.

Su esposa, que ocupaba la habitación vecina, había salido y Fifi se dispuso a calmarle, entretanto.

—No se ponga usted nervioso, Etienne no le hará nada más... ¡Se lo impediré yo! — dijo Fifi.

El recuerdo de aquellos puños que habían caído sobre él, horrorizaban al millonario. ¿Qué tenía que ver con los asuntos de su modelo? Comenzaba a arrepentirse de haber ido a Deauville.

De pronto llamaron a la puerta. Bent, asustado, maldecido haber ido en malhora a Deauville, se acercó en un sillón. Ella riendo abrió la puerta. Era un criado que entró una botella de champagne.

Habían apagado una vela, cuando sonó el timbre del teléfono. Bent experimentó otro sobresalto. Y ella, que en medio de su indignación por lo ocurrido y de la lástima que le inspiraba el yanqui, no podía dejar de sonreír ante la parte cómica del asunto, corrió al teléfono.

Frunció el ceño, y escuchó con interés. Bent escuchó horrorizado estas contestaciones de la muchacha:

—¿Es posible que haga usted eso?... Por lo menos debe usted darle tiempo para poner sus asuntos en orden...

Dejó el aparato y se acercó a su amigo:

—Un duelo, Bent; tendrá usted que desaharse por mí... ¡Lo siento en el alma! ¡No hubiera querido que sucediese eso!

—¿Yo un duelo? ¿De ninguna manera! ¡No es posible! ¿Qué me importa a mí Etienne? Le perdono los golpes, pero que me deje en paz...

Llamaron otra vez a la puerta y Fifi, para quien el anuncio de aquel duelo significaba que Etienne volvía a quererla, dijo a Bent:

—Abra la puerta y muéstrese arrogante. Figúrese

que debe defenderme. ¡Animese, manténgase firme!

El pobre modisto abrió finalmente la puerta y apareció ante él un caballero.

Sacando fuerzas de flaqueza, Bent le saludó y dijo:

—¿Qué tal? ¿Cómo se encuentra, señor?

—Vengo en nombre del conde Etienne de Bouvray a arreglar las condiciones del duelo — dijo el recién llegado, severamente.

—¿Duelo? ¿Quiénes van a batirse? — preguntó, haciéndose alanco, el americano.

—¡Usted y Etienne! Yo detesto a los hombres enhardes...

—Yo no soy cobarde — dijo Bent, animado por una sonrisa de la muchacha.

—Siendo usted el ofendido, puede usted escoger el arma que desea.

—Supongo que será Etienne muy diestro con la espada, ¿verdad? — preguntó temblando.

—Mejor que él, no hay ninguno.

—Perfectamente, que use él una espada y yo usaré una pistola.

—A pistola los dos — dijo el amigo—. Pero ha elegido usted esa arma y sin duda alguna le pesará.

Bent, que había realizado esfuerzos para mostrarse a tono con las dramáticas circunstancias que vivía, dijo al fin:

—Hablando con franqueza, señor... vaya y dígame a Etienne que no le guardo rencor alguno.

—El señor ha elegido la pistola y no puede retroceder — gritó el testigo.

Ahora Fifi se compadecía de Bent. Al querer tuchar por ella, al pretender el desafío, Etienne le daba la ruptura; pero ella debía evitar que aquel Bent que tan noblemente se había portado con la joven, fuese al terreno de las armas.

—El señor desconoce por completo lo que es un duelo — dijo.

—Pues va a tener un maestro como hay pocos — respondió severamente el testigo yendo hacia la puer-



—El señor desconoce por completo lo que es un duelo...

ta—. Hasta más tarde, señor. Ya le comunicaré la hora del duelo.

Y salió. Y el modisto se dejó caer en un sillón. ¡Estaba horrorizado!

—Buena la hemos hecho, Fifi — dijo él—. Si yo llego a saber qué ese hombre la quita de ese modo... ¡Y pensar que él sufre un error, que yo nada tengo que ver con usted!...

—¡Vamos, cálmese, tome una copa!

Y le dio a beber una copa de champaña.

Bent oyó ruido en el cuarto vecino. Sería su mujer. ¿Qué diría ella, que se mostraba ya bastante disgustada, cuando supiese que su marido se iba a batir por Fifi? Creería indiscutiblemente que la muchacha era algo más que una simple modelo. ¿Qué compromiso! ¡Y sin haber nada!

De pronto, abrióse la puerta y apareció el cocinero Etienne en el umbral. ¡Horror! Ella y Bent temblaron. ¡Aquel hombre venía a dar otra escanin!

Pero Etienne, severo, acercóse a Bent, y dijo, mientras Fifi, horrorizada, temiendo alguna desventura, iba hacia el balcón:

—He estado pensándolo bien y he llegado a conclusiones de que más sospechas crea un gran insulto a la mujer más adorable del mundo. Le ruego me excuse. Todo ha tenido por causa el no haber comprendido a tiempo que estaba usted casado... pero...

Y mirándola de frente, con firme expresión, agregó:

—Como a su esposa.

—¿Usted? — dijo, Bent, asombrado.

Demasiado comprendió Bent el error en que el oficial incurrió al creer que Fifi era su mujer, pero más tranquilo ya ante la actitud pacífica de aquel hombre, agregó:

—¡Mi esposa! ¡Habráse visto, tan provocativa y tentadora!

Y abriendo la puerta que comunicaba con la habitación vecina, hizo salir a su mujer, la estrada y los norteamericanos.

—Le presento a mi esposa — dijo, riendo.

La dama contempló fríamente a aquel desconocido y luego a su marido. ¿Qué pasaba allí?

Etienne estaba inmovilizado por la sorpresa. ¿Qué tendría él que ver con aquella señora?

—Yo me refería a Fifi, señor; aquí hay una confusión; ¿dónde está Fifi?

—Fifi es única y simplemente, la encargada de mi casa de modas. Le juro que nada existe entre ella y yo. Para mí, Fifi es respetable y sagrada.

Y Bent, sonriendo, le señaló el balcón, y el joven conde corrió hacia él.

—¡Fifi, Fifi! — gritó, conmovido.

—¿Me llama alguien? — dijo una voz en la obscuridad.

—¡Oh, Fifi, te amo! — dijo él al ver a la modelo acodada en el burndal.

Ella le rechazó, y agregó, burlona y sonriendo:

—Pero usted vino a Deauville a casarse con una "dama". ¿Se acuerda?

—Fifi, tú eres la dama con quien vine a casarme. Estaba loco al dudar de ti, al insultarte. Comprendo que tienes un gran corazón, que eres digna de mí y que jamás has faltado a nuestro amor. ¡Y yo, loco, que creí que estabas casada con Bent! ¿Me perdonas, chiquilla?

Y la muchacha, que sólo esperaba esto, que el hombre confesara su error y su cariño, se dejó besar sumisa como una verdadera enamorada.

—Fifi — agregó él —, te casaré conmigo. Y dejarás de ser Mademoiselle Modiste... Que se busque otras mujeres para su propaganda. Tú, para mi casa, para mi hogar, mujercita...

Y la dió un largo beso de amor bajo la luna pálida, mientras, dentro, en la habitación, Bent explicaba, riendo, a su mujer todo lo ocurrido...

F I N

.....
PRÓXIMO NÚMERO:

EL BOXEADOR DE OTROS TIEMPOS

por RENÉE ADORÉE

Ediciones
BISTAGNE